



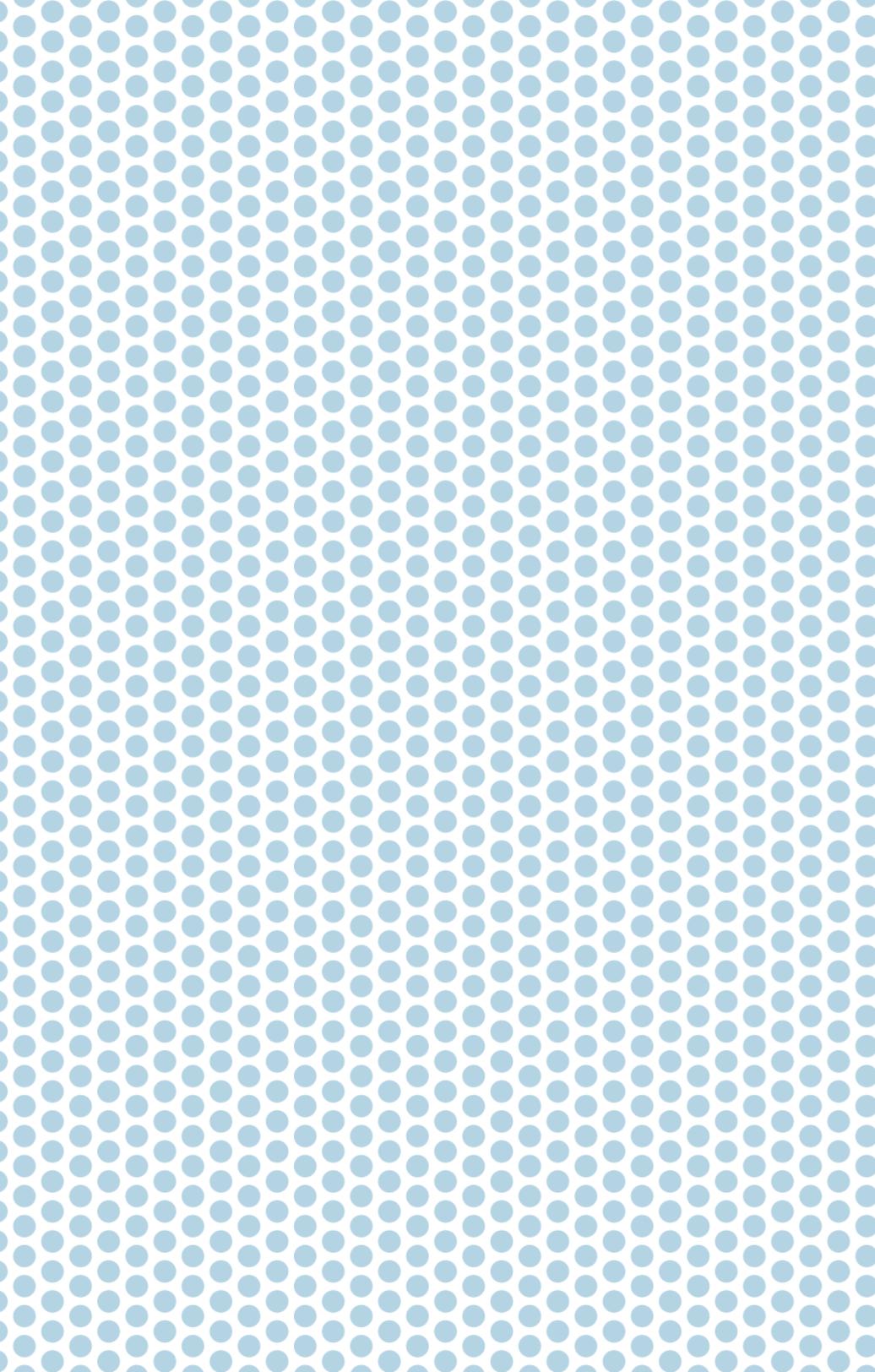
EL BARCO
DE VAPOR

Oliver y las marpelucas

Philip Reeve
y Sarah McIntyre



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Oliver y las marpelucas

Philip Reeve

Ilustraciones de Sarah McIntyre



Primera edición: abril de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Oliver and the Seawigs*
Traducción del inglés: Xohana Bastida

Oliver and the Seawigs fue publicado originalmente en inglés en 2013.
La presente traducción se ha publicado por acuerdo
con Oxford University Press.

© del texto: Philip Reeve, 2013
© de las ilustraciones: Sarah McIntyre, 2013
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8606-0
Depósito legal: M-5065-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



PARA ROSE Y KI

(COMO OS PROMETÍ EN VUESTRA BODA)

¡FELICIDADES A LOS DOS!

SARAH



PARA MARIANNE Y HOWARD

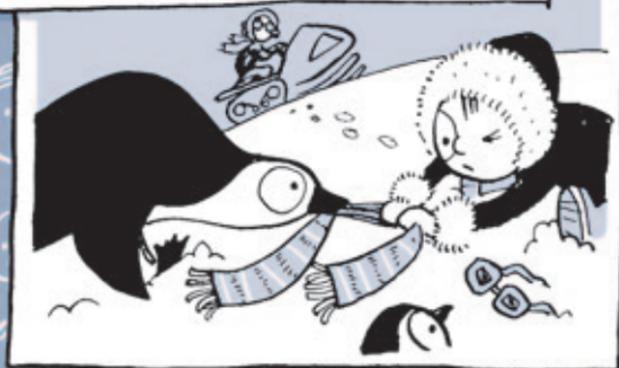
PHILIP

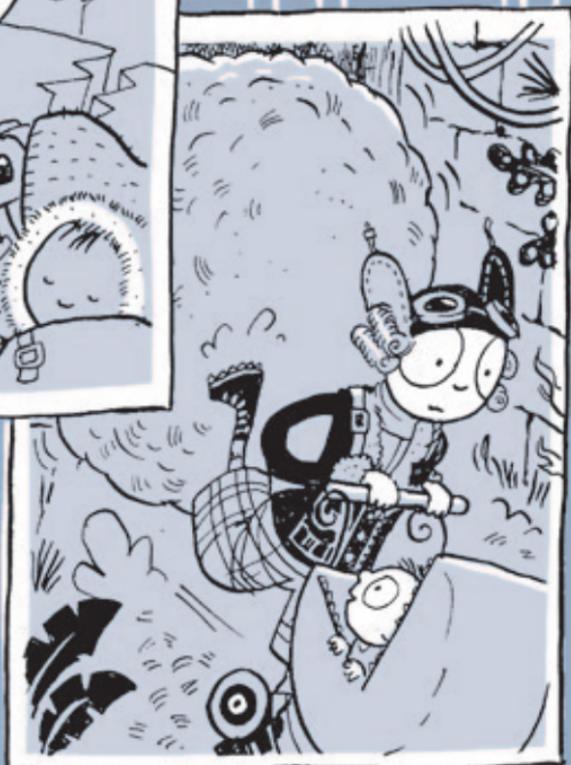
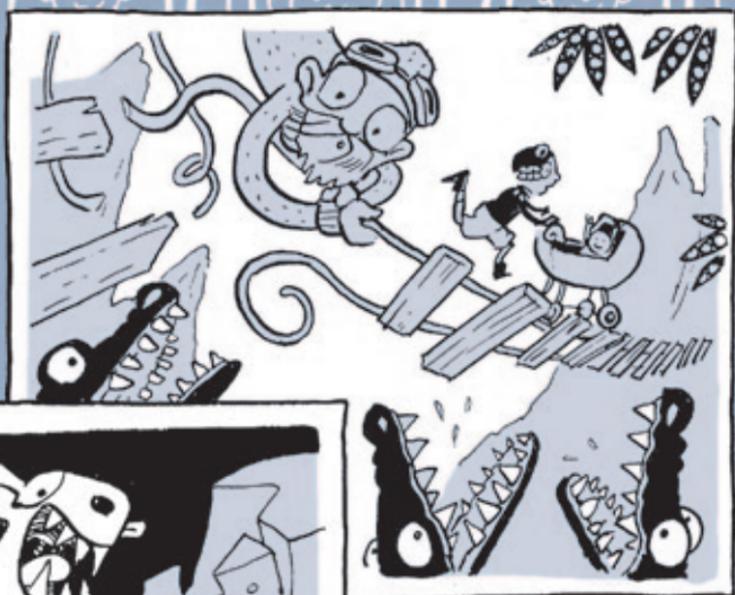


*** SI ***

**ESTA AVENTURA
SE EMPRENDIERE CON
EXCESIVA LIGEREZA,
EL LECTOR EXIMIRÁ A LOS AUTORES
DE CUALQUIER PERCANCE COMO,
POR EJEMPLO, EL NAUFRAGIO,
EL SECUESTRO POR MONO DE MAR
O, EN GENERAL, CUALQUIER
DESAPARICIÓN INESPERADA.**

LA DIRECCIÓN









UNO

OLIVER CRISP solo tenía diez años. Pero habían sido unos años llenos de acción y aventuras, porque los padres de Oliver eran exploradores.

Se habían conocido en la cima del Everest.



Se habían casado en el templo perdido de Amon Hotep, y habían pasado su luna de miel buscando el cementerio de los elefantes. Y cuando Oliver nació, sus padres se compraron una mochila para bebés y un carrito todo-terreno y siguieron explorando.

Pero al fin llegó el día en que el señor y la señora Crisp se dieron cuenta de que no les quedaba nada por explorar. Sus expediciones los habían llevado al nacimiento de todos los grandes ríos y a las cimas de todas las montañas inexploradas. Gracias a ellos, la Ciudad Perdida de Propacopaketl ya no estaba perdida, y el Misterio de la Marisma de Mokele Mbembe se había resuelto. Los mapas ya no mostraban espacios en blanco.

Así pues, los Crisp metieron sus pertenencias en su exploramóvil y regresaron a su casa, que apenas habían visitado en aquellos años, y que estaba en la bahía Aguahonda, junto al pueblecito costero de Saint Corrocks.



–Se acabaron las expediciones –dijeron con tristeza los padres de Oliver–. Ha llegado el momento de establecernos.

Oliver, sin embargo, no estaba triste. De hecho, se sentía bastante contento. Estaba harto de explorar. Hasta entonces, solo había visitado su casa durante las vacaciones, en periodos de quince días entre expedición y expedición. ¡Llevaba diez años de acá para allá! No había podido hacer amigos, conocer bien su pueblo ni ir al colegio. Jamás había tenido una habitación propia; su cama era la parte trasera del exploramóvil, y todas sus cosas estaban guardadas en baúles y cajas bajo los asientos del vehículo.

A Oliver le entusiasmaba la idea de vivir en una casa de verdad y de despertarse todos los días en el mismo sitio. En la bahía Agua-honda tendría una habitación y un baño para él solo, y podría ir al colegio de Saint Corrocks.

(Puede que a ti eso no te suene demasiado bien; pero Oliver jamás había ido al colegio,

de modo que eso también le parecía emocionante).

Oliver estiró el cuello para ver mejor mientras su madre guiaba el exploramóvil por las curvas de la carretera. Estaba deseando ver por fin la bahía Aguahonda.

–No es que sea una casa muy bonita –le recordó su madre–. Es vieja y está desvencijada, con montones de grietas por las que entra el viento. Necesita una buena reparación, pero nunca hemos tenido tiempo de hacerla. Ni dinero... La verdad es que no se gana mucho explorando.

–Vale –respondió Oliver, tan entusiasmado como antes.

De pronto, al doblar un recodo, divisaron la bahía. Sus aguas eran muy azules, y estaba salpicada de islotes escarpados y cubiertos de maleza. La casa se elevaba al final de la playa. Era un edificio grande y gris, con el techo manchado de líquen anaranjado.

–¡Mola! –exclamó Oliver.

–¡Mola! –dijo su padre.



–¡Mola! –repitió su madre, deteniendo el exploramóvil en la cuneta para admirar el panorama con asombro.



–¡Mooola! –dijeron los tres al unísono una vez más.

Oliver se alegró de que sus padres estuvieran tan emocionados como él. Se giró para verlos... y se dio cuenta de que ellos no miraban la casa, sino los islotes llenos de hierbajos que había en la bahía.

–¿De dónde habrán salido? –se preguntó su padre–. No recuerdo haberlos visto nunca.

–¡No están en el mapa! –se asombró su madre, desplegándolo.

–Nueve... diez... quince... –masculló el señor Crisp–. ¡Deben de haber aparecido hace poco! Puede que sean islas volcánicas...

–Que nadie conoce –jadeó la señora Crisp.

–Que nadie ha dibujado en un mapa –susurró el señor Crisp.

–¡Que nadie ha explorado! –bisbisearon los dos juntos.

Oliver suspiró. No era la primera vez que veía a sus padres en aquel estado: les ocurría cada vez que oían hablar de una ciudad desaparecida o de un mausoleo prohibido. «Bueno,

Cuando acabó de explorar el piso de abajo, subió a su cuarto, se sentó en la cama y rebotó un poco. Le encantaba aquella habitación, con la gran ventana por la que entraba un rayo de sol que iluminaba la pared de enfrente. Oliver la abrió para que pasara el aire, y con él entraron los graznidos de las gaviotas y la brisa marina.





—¡Oliver! —le llamaron sus padres.
Estaban los dos en la orilla, dispuestos a zarpar para explorar los islotes.
Al ver a Oliver, saludaron con la mano.



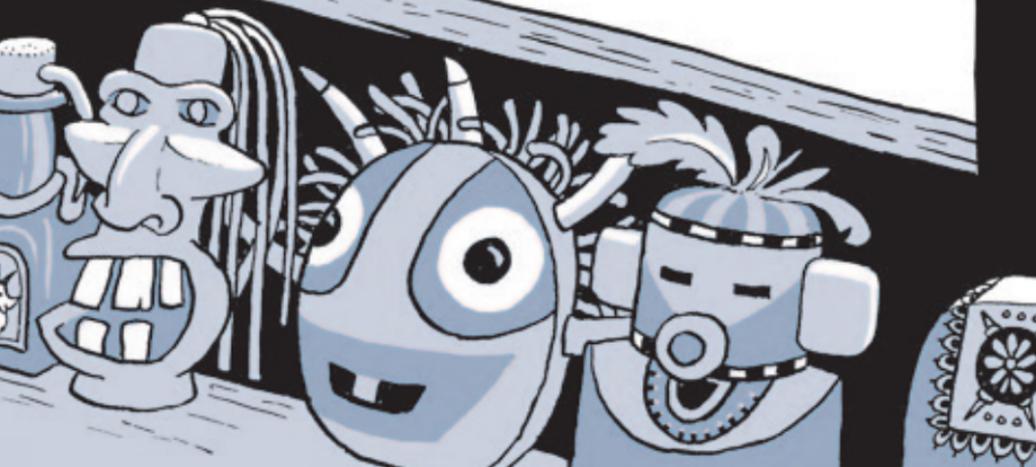
La barca hinchable se mecía entre ellos al compás de las olas.

–¡Ven con nosotros, Oliver! –dijeron.

–¡Estoy ocupado! –contestó él–. ¿Por qué no echáis un vistazo vosotros mientras yo me quedo aquí? No me importa estar solo un rato.

Sus padres asintieron y Oliver suspiró. Sabía que le querían, pero a veces le daba la impresión de que preferían explorar a estar con él.

El zumbido del motor de la barca ahogó los chillidos indignados de las gaviotas. La señora Crisp guio la embarcación entre las olas, rodeó un islote menudo que había cerca de la orilla y emprendió camino hacia las islas más grandes que había al fondo de la bahía.



Oliver llevó su maleta a su cuarto, la abrió y, con mimo, fue colocando sus objetos favoritos en las estanterías y el alféizar. Ordenó sus libros en un estante al lado de la cama y colgó su ropa en el armario. La mancha alargada que dejaba el sol en la pared se fue desplazando. Y de pronto, Oliver se dio cuenta de que hacía mucho rato que no oía el motor de la barca ni las voces de sus padres.

Se acercó a la ventana y se asomó.

La bahía Aguahonda estaba desierta, y el sol del atardecer doraba las olas. No había ni rastro de sus padres. Los islotes habían desaparecido. Lo único que se veía en el agua era la barca de goma anaranjada, que se acercaba cabeceando a la costa arrastrada por la marea de la tarde.

